

Yuste en Europa

(En la historia y las letras)

Por NARCISO SANCHEZ MORALES



Se ha cumplido ya un decenio de aquella fecha histórica de 1958, en la que, en toda España e Iberoamérica se conmemorara el cuatrocientos aniversario de la muerte del Emperador Carlos V, en el Monasterio de Yuste. Ya sé que existen algunos celosos de la historia a los que no les agrada que empleemos el nombre de Carlos V, pues para España sólo fue Carlos I. Pero si no usamos el quinto ¿con qué derecho podemos tratarle como César y hablar de ciudades imperiales, como Toledo, y de Castillos y Monasterios imperiales?. Siguiendo el espíritu del mismo César, aquí en su retiro de Yuste, debíamos citarle sólo con el nombre de Carlos, de hermano Carlos, pero la historia se sentiría herida o preterida al querer introducir en su terreno lo que ya es metahistoria y metafísica. Fue en Roma, un lunes de Pascua de Resurrección, 17 de Abril de 1536, cuando, en presencia del Papa Paulo III y de altas personalidades diplomáticas y cardenalcias, el Emperador Carlos V, ante la sorpresa general de la asamblea, pronunciara un discurso, en español, bajo las bóvedas del Vaticano, donde hasta entonces no se había oído más que el clásico y litúrgico latín. Se dirigía Carlos V al obispo de Maçon, embajador del rey de Francia, y, con su alegato, en castiza lengua castellana, anunciaba al mundo la aurora de un imperio español, un «plus ultra» más allá del «nondum» de sus años veinte, cuando su Imperio se circunscribía a los límites del Sacro Imperio Romano. Con sus palabras españolas se pregonaba la Universalidad del Imperio Español, de índole netamente espiritual, así como la incorporación e hispanización de la misma persona del emperador: «Señor obispo, —exclamó— entiéndame si quiere, y no espere de mí otras

palabras que las de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida por toda la gente cristiana». A partir de este momento nuestra lengua patria, que ya desde fines del siglo XV tenía marcadas las rutas de su difusión, va a proyectarse en otras direcciones y a penetrar hasta en los últimos rincones del mundo, a donde llegara la política imperial de los Austrias. Se puede decir que Carlos V universaliza nuestra lengua y la deja impresa en los salones y cortes de Centro-Europa. A partir de él la cortesía española brillará lo mismo en Viena que en Praga, en Venecia que en Nápoles. La lengua y el gesto español impera en Europa, América y Africa, y de ahí que nosotros gustemos más de hablar de un emperador Carlos V, que de un Carlos I, que si es lo lógico y real según las tablas de la historia, nos suena a frío y desangelado en los faustos de la misma. Permítasenos, pues, esta especie de metacronismo, en función de la mayor extensión del apelativo, máxime cuando todavía en España no ha existido ningún rey Carlos, después del IV, con lo que, naturalmente, no hay lugar a ambigüedades y confusiones.

Y Mas entremos en el tema que me había propuesto. Reseñemos los diferentes libros que sobre Carlos V se han escrito en Europa, en estas últimas décadas, y pasemos luego a recoger, aunque sólo sea un eco de algo de lo mucho que en las letras y en la música se ha escrito sobre el mismo Carlos. Pero en mi reseña no voy a exponer todo el contenido literario. Sería sumamente extenso y sobrepasaría los límites que me he impuesto. Me voy a circunscribir a cuanto se refiere a Carlos V, pero enmarcado en este histórico Monasterio de Yuste, en el tiempo o en el pensamiento, porque no hay duda alguna, que el Yuste del Emperador empieza ya a nacer desde el triste suceso de la inesperada muerte de la emperatriz Isabel, un primero de Mayo de 1539, lo que obligó al emperador a retirarse, por seis semanas, a los Jerónimos de la Sisa de Toledo. Esa misma idea se agiganta y acrecienta, cuando acosado por Mauricio de Sajonia y el Conde de Hessen, Carlos tiene que escapar precipitadamente de Insbruck, allá por el año 1552, y acogerse al Tirol del Este y la Carintia, austríacas. Casi pudiéramos decir que son los genes heredados los que impulsarán al emperador a retirarse a Yuste. Pensaban sobre él los retiros, más o menos obligados, de su ascendencia luso-hispana, afectada de un sentimiento saudoso, pero que en Carlos se acrecienta por el lado también de los Habsburgos. No olvidemos, como bien lo probara el tristemente desaparecido Otto von Bataglia, profesor de Genética de la Universidad de Viena, que en Felipe el Hermoso concurre más sangre de Juan de Henao, el en-

fermo originario que la transmitiera a los Lancaster, Valois, Habsburgos y Trastámaras, que en la pobre Juana la Loca, caso fortuito en esas extremas manifestaciones de la enfermedad primera. En Carlos V se funden 14 sangres Lancaster y 19 Henao-Luxemburgos: 14 por Juana la Loca y 19 por Felipe el Hermoso. Todas ellas procedían de la triste pareja Juan de Henao y Felipa de Luxemburgo.

Y el germen de Yuste, concepción primera de una *tanatodoxología*, que pasará de emperadores a reyes y de reyes a pueblo, encontrará una segunda concepción grandiosa en El Escorial, para terminar en el Mausoleo del Valle de los Caídos, en el que, ya no es un emperador ni un rey, sino el mismo pueblo español quien se pone en comunicación con los muertos que le precedieron. La trinidad tanatodoxológica, de gloria a la muerte que releva a la vida, tiene su punto de arranque en Yuste, su vivencia en El Escorial y su glorificación extrema en el Valle de los Caídos. Emperador, reyes y pueblo se miran en el espejo de la muerte para arreglar su alma y espíritu antes de partir al Más Allá, que es la vida de gloria, y al mismo tiempo para dar ejemplo a los vivos, de cómo se debe vivir la realidad bajo un prisma transcendente.

Encuadrado Carlos V en el marco de Yuste, símbolo de una metanoya, que nosotros hemos dado en llamar Yustismo, y que luego se transforma energéticamente en Hispanidad o vida transcendente a la manera clásica española, pasemos a exponer los diversos trabajos de autores modernos, centroeuropeos, que estudian a Carlos V en su retiro de Yuste o camino del mismo.

* *

Parece más oportuno comenzar por el último de los libros llegados a mis manos, el «Charles Quint», de Otto de Habsburgo, aparecido por vez primera el año pasado en la Editora Hachette de París, y publicado este año en alemán, en la Herold-Verlag, de Viena. Empiezo por Otto de Habsburgo, por ser el más directo descendiente de nuestro emperador y por ser el que enfoca más rectamente la dirección yustina de Carlos. Recalca, de una manera especial, las tendencias del César al monaquismo, resaltando su formación piadosa en la Escuela de Adriano de Utrecht, su incorporación viva a la orden del Vellocinio de Oro (la Goldenes Vlies), y sus deseos de fundar una Orden religiosa, de tipo apostólico, a lo jesuita. «Antes que Carlos, allá por el año 1520, partiera de La Coruña para Holanda —escribe el archiduque Otto— preparaba él la fundación de una Or-

den a cuya cabeza, como él esperaba, debía figurar el dominico P. Las Casas. Los hombres que en ella ingresaran, debían ser «hombres modelos», a fin de que se ganaran la confianza de los indios, dando incluso la sensación de que no eran de la misma casta que los conquistadores. Debían vestir un manto blanco con una cruz roja, como signo de que su misión no sólo era la de convertir a los indios, sino también la de protegerlos». En el célebre documento del 19 de Mayo de 1520, por el que Carlos transfería al P. Las Casas toda la responsabilidad apostólica sobre las Indias Occidentales, habla él del «Camino del Evangelio» que debían recorrer los caballeros de esta Orden. No sé si será casualidad, pero por estas mismas fechas se revelaba Martín Lutero contra la Iglesia de Roma, justificando su separación por las exigencias de su consciencia, que le impelía a seguir «el Camino del Evangelio». Dos concepciones diferentes, pero homónimas. La orden fracasó, porque, según informaba el P. Las Casas desde el Yucatán, «los indios no hacían diferencia alguna entre los blancos malvados y aquellos otros que no tenían otro objeto que el de ayudarles, y, además, porque habían perdido la confianza en el Dios de los europeos y nada les convenía el majestuoso manto blanco, con la cruz roja encima. Estas manifestaciones cambiaron el ánimo de Carlos V y le obligó a escribir a Hernán Cortés aquella su famosa epístola, rezumante de piedad y justicia cristiana, cuyo contenido está a la altura de las últimas conclusiones del Concilio Vaticano II: «Ante todo está el servicio de Dios y la obediencia al sentido íntimo de la Bula de la Santa Sede. Las almas de los indios no deben ser salvadas a base de la violencia, porque Dios los ha amado como a hombres libres, y no como a esclavos. En la pequeña España (la de las islas), han muerto a consecuencia de los malos tratos y de los trabajos forzados, pero en la Nueva España ya no debe suceder lo mismo. Los indios deben abrazar nuestra fe, única y exclusivamente, si ellos quieren. Entre españoles e indios sólo está permitido el libre comercio. Hay que mantener, a cualquier precio, lo que se les ha permitido. No existe derecho alguno a declararles la guerra, a no ser que ellos atacasen primero. Sólo, en este caso extremo, podéis declararles la guerra, pero, aun así, esta declaración debe ser repetida tres veces por un cristiano que conozca la lengua de ellos».

Mas pasemos al propio retiro de Yuste. Veamos cómo lo expone el Archiduque Otto, la relación de los hechos, con pequeñas variantes, es la que todos los historiadores nos refieren: El 25 de Octubre de 1555, con aquel famoso ceremonial que todos conocemos, un ce-

remonial que raya en teatralismo muy propio de todos los Austrias y que luego más tarde dará lugar al barroquismo, Carlos V abdica en Bruselas dejando sus reinos a Felipe II, precisamente en el mismo salón en el que cuarenta años antes (1515) había sido declarado mayor de edad. Allí estaban presentes Fernando I y la Duquesa Cristina de Lorena. (¿Acaso no hay algo intencional en este detalle que expone el archiduque Otto, precisamente un Habsburgo-Lorena?). Allí también los duques de Alba y de Saboya, las dos reinas viudas de Francia y Hungría, Leonor y María, y asimismo Guillermo de Orange. Carlos se siente humano, casi hombre de hoy día, un postconciliar perfecto. Son sus palabras postreras las que más afectan a tan heterogéneo auditorio europeo: «Que él nunca, de manera consciente, había lesionado los derechos de hombre alguno y que si tal había sucedido alguna vez, pedía perdón por ello».

La renuncia a Castilla, Aragón, Sicilia y las Indias se hizo en Enero de 1556 en un acto sencillo, en las habitaciones privadas del César y fue cuando ya éste manifestó públicamente aquellos sus pensamientos de retiro, «En la vejez —dijo— se puede servir a Dios en la soledad». El 28 de Agosto del mismo 1556 se despide por última vez, en Gante, de su hijo Felipe II. No se volverán a ver más en el tiempo. El 12 de Septiembre transfiere, por escrito, la dignidad imperial a su hermano Fernando, rey de romanos. Embarca en una flota de cincuenta naves y arriba a Laredo el 28 de Septiembre de aquel mismo año. Como sabéis, llegó a fines de otoño a Jarandilla y sólo luego, en Febrero, se trasladó a Yuste.

¿Cómo lo ve aquí Otto de Habsburgo? Según él, no vivía ni como monje ni como eremita. En realidad Carlos llevaba en su casa de campo la vida de un gran señor, que tras una vida tormentosa y llena de tensiones, busca vivir en paz, dedicarse a placeres honestos y gozar de lo poco que ya le puede dispensar la vida. Su corte no ascendía a más de cincuenta personas, de las que sólo unas cuantas tenían contacto personal con él: el flamenco Dr. Mathys, su lector van Male, su secretario Martín de Gaztelu, su mayordomo Quijada y su confesor Juan de Regla. ¿En qué consumía sus horas? Leía o hacía que le leyeran obras filosóficas y teológicas de Boecio y de San Agustín, así como los escritos de los místicos españoles. Leía con interés crítico las memorias del francés Felipe de Comynes y encontraba deleite en la apertura del autor. No faltaban en su biblioteca sus libros favoritos, como el «Cortesano» de Baltasar de Castiglione y los maestros clásicos: César, Polibio, Tácito y Tucídides, así co-

mo la novelística que narraba las hazañas caballerescas de su bisabuelo borgoñés, Carlos el Temerario.

¿Qué le preocupaba al César? Según Otto de Habsburgo padecía de dos tensiones: una política y otra religiosa. La política le preocupaba, porque veía que su hijo Felipe II se quedaba en un puro estratega palatino y no explotaba los éxitos tácticos de victorias tan trascendentes como la de San Quintín y Gravelinas. Dentro de esa misma tensión política le preocupaba la actitud del Papa Paulo IV, un Caraffa, enemigo de los Austrias, por lo que no aprobaba la debilidad de Felipe al devolver tan pronto al Pontífice las conquistas del Duque de Alba. Pero la mayor preocupación era la religiosa. Su consciencia, siempre tan liberal, caballerisca y erasmiana, tan centrista y universal, habíase vuelto estrecha y escrupulosa. La metanoya o conversión casi siempre viene acompañada del escrúpulo: hay que vencer esa crisis a base de magnanimidades con Dios. ¿Acaso, se preguntaba, no he sido yo demasiado blando con la herejía y no he sido causa de que se propague por toda Europa? Se sentía responsable de la escisión de la Iglesia en Alemania. Esta Angustia escrupulosa se hace patente en muchas de las cartas que escribe a sus hijos Felipe y Juana, y a sus hermanas, Leonor y María. Es más, hasta tiembla ante el posible temor de que la herejía pueda infestar su amada España y por ello insta a la infanta Juana, regente en funciones, a que vigile las actividades y escritos de ciertos teólogos y prelados. Sólo le consuelan: la presencia de aquel paje que es hijo suyo, Juan de Austria, y las visitas frecuentes de sus hermanas Leonor y María, y de las figuras de la santidad española, cuales eran Francisco de Borja y Pedro de Alcántara.

Otto de Habsburgo, en su análisis final sobre Carlos V en Yuste, no hace más que ajustarse al juicio del ha poco fallecido historiador Carlos Burckhardt «La suma que Carlos V, tras mucho pensar y cavilar, obtuvo en Yuste, fue la expresión de que todo es vanidad. Cada una de sus derrotas no habrían hecho más que fortalecer a sus enemigos. El emperador, en los lentos atardeceres, se sentaba en el mirador de su palacete y allí contemplaba la «Gloria de Ticiano», el juicio final en el que él mismo aparece arrodillado, en gesto suplicante, ante el trono de Dios, como cargando sobre sí las responsabilidades todas. Quizás, por minutos, fuera él consciente de que la semilla de los hechos humanos germina, sí, pero de forma muy distinta a cual sucede con el grano enterrado en la tierra, sin certeza del tiempo, lugar o forma en que ha de brotar, tal vez por doquier,

a cualquier hora, y en formas que en modo alguno podemos imaginarnos».

* * *

Un segundo libro actual, publicado por la Goldmann de Munich, es el «Carlos V - Abuelo de Europa», de Gertrudis de Schwarzenfeld, nacida en Praga a principios de siglo, y emparentada con los Habsburgos de la rama de Centro-Europa. Esta escritora que ha vivido alternativamente en Viena, Colombia y Londres, y actualmente mora en París, hace un viaje de estudios por España en el año 1948, nación que ya conocía desde una permanencia larga en Portugal. De este viaje surgen los primeros esbozos sobre su Carlos V y de ahí que mezcle impresiones propias con hechos históricos. El «Carlos V» de la Schwarzenfeld es más vivo, más real, más existencial. Ya desde su capítulo primero consagra largas páginas a «El P. Sigüenza y Carlos V en Yuste», en las que resume las ideas que en ella brotarán a partir de la lectura que hiciera de la «Historia de la Orden Jerónima», que bondadosamente le facilitaron los PP. Agustinos del Escorial. Así reproduce todo lo de la abdicación de Carlos V, su desembarco en Laredo, su venida a Yuste, transcribiendo todo el aparato religioso y litúrgico con que le recibieron los Jerónimos a su llegada a Yuste. Lo interesante de la Schwarzenfeld es que hace especial hincapié en cómo el P. Sigüenza designa a Carlos V como César, en sentido romano, personificando en él la vigencia de aquel Derecho que había conformado el imperio universal de Roma y que había hecho de Europa una especie de Estados Unidos o República Cristiana. La renuncia, por tanto, del Emperador resonó en la Cristiandad como una llamada del Más Allá: «Mi reino no es de este mundo». La cristiana España, más que otra nación alguna, comprendió perfectamente este gesto. El César sintió que en el Sur de Europa existía un pueblo donde el alma tenía su patria. España, pues, era el contorno adecuado que podía acoger la futura vida del Emperador. Aquí, dice la Schwarzenfeld, se hacía realidad aquella sentencia del místico germano, Maestro Eckhart: «Cada ser se siente más a gusto en el lugar que le es más apropiado y connatural». En el retiro de Yuste halló el Emperador lo que tanto había buscado en sus largos años de peregrinaje y de luchas. Aquí había pureza, paz y tranquilidad para su cansado corazón. La clara luz, el ancho cielo de Extremadura, constituirían ahora el alimento de su alma. Se encontraba en casa. En conjunto, la Schwarzenfeld presenta a Carlos V como intolerante frente

al protestantismo. Ya hemos insinuado, que era como una reacción escrupulosa frente a la mucha liberalidad usada con los disidentes de la Iglesia Romana, ya que Carlos estuvo siempre más cerca de Erasmo que de Roma. Bien lo refleja la autora: «En Yuste pronto comenzó a actuar sobre él la inexorable luz de España, esa luz fuerte e hiriente, que no permite los medios tonos ni las penumbras, y que, al mismo tiempo, enseña una verdad, adscrita a la fe, que todo lo bendice. También los árabes españoles se habían manifestado como los más ortodoxos entre todos los hijos de Mahoma. Así, al final, sobre el manso y pacífico Carlos V, se impuso el espíritu del lugar, un espíritu ardoroso y nada compasivo con el horror de la herejía». Como veis, coinciden Otto de Habsburgo y Gertrudis Schwarzenfeld, en que en Yuste Carlos V sufre una catarsis purificadora y una conversión hacia un rigorismo religioso, que no había sido característico en él. Es una prueba más de lo que hemos dado en llamar Yustismo, como tránsito y catarsis, pero que nosotros aplicamos en un sentido más generoso y universal, cuando luego lo plasamos en una acción de Hispanidad, o de Universitas Christiana. Podríamos decir que a Carlos le faltó una segunda vida: la que hubiera estado dedicada a gobernar el mundo bajo el prisma de la Hispanidad.

La Schwarzenfeld, al llegar a su último capítulo y enjuiciar el acto imperial del retiro a Yuste, es más analista, más profunda. «El fracaso de la misión de una vida —escribe ella—, puede contribuir a la purificación personal, pero en el terreno político, ese mismo fracaso produce inicialmente un silencio y, después, casi sin notarlo, una lucha. La misma política de Carlos V fracasa cuando se ve obligado a renunciar a su papel mediador en la paz de Augsburgo. En el discurso de la abdicación no habla ya más como Señor Universal, sino como hombre de la Contrarreforma. Las palabras de defender la religión como un castillo están muy cerca ya de los escritos de una Teresa de Avila, al escribir su «castillo interior». Son palabras de autodefensa, expresión del espíritu de la época que no logra encontrar una palabra común a sitiados y sitiadores. Cuando el espíritu falla es la espada la que habla. El fracaso en la búsqueda de una síntesis nos espolea a nosotros a buscar esa palabra común, a proseguir luchando en el campo del espíritu para lograr la Europa Unida, que a Carlos V se le escapó por los pelos. Nos recuerda también el Centroerasmismo, echado a pique y que hay que elevar de nuevo a flor de superficie, para que Europa adquiriera el papel de Mediadora, misión a la que ha sido predestinada.

Otro escritor, húngaro por cierto, pero que hoy vive en Puerto Rico como culto profesor de su Universidad, es Miguel de Ferdinandy, que nos ha obsequiado con la edición de su «Karl V» en la Rainer Wunderlich de Tübingen, obra que ha sido ya publicada en español, en Puerto Rico, con el título de «El Emperador Carlos V, Semblanza de un hombre» (Editorial Universitaria).

Ferdinandy se dedica ante todo al hombre Carlos V, personalidad que dirige destinos universales y que al mismo tiempo, es dirigida por el acontecer del mundo. De las relaciones que surgen entre pensamiento histórico y pensamiento mitológico, brota la figura de este gran solitario que amasó el último Imperio de Occidente con harinas de orígenes, alemán, borgoñón, francés, español y lusitano, ya que sus antepasados portaban genes de estos países y de otros más, largo de enumerar. Claro está que, a base de fuentes españolas y portuguesas hasta ahora no explotadas, se explica perfectamente —dice el autor— la íntima relación que Carlos V guarda con Juana la Loca y Felipe II, con la madre y el hijo. Estos dos últimos personajes subliman la renuncia del Emperador, ya que la encasillan entre el fallo psíquico y la renuncia al esplendor de la gloria del mundo. Yuste, podríamos decir, se explica históricamente partiendo de Tordesillas y adelantándose al Escorial. Hay un estilo de morir que es común a todos estos monarcas austríacos, algo así como el escudo de armas de tan preclara Casa. Las muertes de Juana la Loca, de la Emperatriz Isabel y de Felipe II, son muertes en desierto, en vela. Los actos de este drama guardan un parecido extraño: el juego del crucifijo y las palabras que pronuncian. El 20 de Septiembre comienza la agonía del Emperador. A medianoche Carlos interrumpe las preces del sacerdote. «Es llegada la hora: deme la vela y el crucifijo», exclama de repente. Lo mismo que la Emperatriz un primero de Mayo de 1539, lo mismo que Felipe II, en 1598. Carlos lo aprieta fuertemente contra su pecho. «Ya voy, Señor», y, luego, una brevísima agonía que se extingue con un «¡Ay Jesús!».

El estudio psicológico de Ferdinandy no abarca sólo este momento final de un Emperador, en Yuste. El ya lo preveía al estudiar la historia de un antecesor de Carlos V, de Eduardo de Portugal, el cual nos ha dejado escrito una historia de su enfermedad, «El Leal Conselheiro». Y ¿cuál era su enfermedad? La del «humor manencórico» con lo que el Rey alude al cuarto de los «temperamentos», a aquel en el que la antigüedad reconocía al intelectual y que tan gráfica y expresionísticamente dejaría grabado Durero en el cuadro de su

«Melancolía I». Es la enfermedad de la tristeza, del saudoso sentimiento.

¿Existían los impulsos de destrucción y los de amor en Carlos V? En estos enfermos se manifiestan con frecuencia. Ferdinandy lo afirma al aportar dos casos que describe Alvise Micemigo: «En la paz era bondadoso y compasivo, en la guerra usaba de una crueldad increíble». Era la mezcla del «furor melancólico» y del «furor divinus», una alternancia de locura y genio, de crueldad y piedad. No opinamos lo mismo que Ferdinandy, un tanto influido por Freud, al llegar a esas conclusiones extremas de repulsión brutal y de entrega a Dios, por alucinación. Ciertamente que los genes enfermizos de la pareja Juan de Hena y Felipa de Luxemburgo se habían concentrado en Carlos V, procedentes de todos los orígenes que en él se reunían: habsburgo, borgoñés, luso y castellano. Pero el término medio de la vida del emperador es vida de templanza, de equilibrio y de búsqueda del equilibrio entre aquellos que le rodeaban. De ahí su inclinación y devoción por las tradiciones borgoñonas, por los sueños caballerescos de la Orden del Toisón de Oro, por las ideas de Erasmo de Rotterdam y la ascética de la escuela flamenca. Hasta su espíritu indulgente con Lutero deshace la tesis freudiana de Ferdinandy, a no ser que el Principio de la Realidad fuera el que reinara sobre el Principio de Placer.

Sin embargo, también el autor húngaro coincide con Otto de Habsburgo y la Schwarzenfeld, en el retorno a lo religioso-escrupuloso con el retiro a Yuste. Pero ¿cómo ve Ferdinandy el hecho mismo del retiro? Copiemos lo que dice en su capítulo V, «El Mundo de un hombre anciano»: «La investigación española, menos inclinada que la centroeuropea a tomar la abdicación de Carlos como «un venirse a pique», ve en ella un testimonio del sentimiento típico del mundo del Renacimiento que invadía a Carlos, y que veía que el hombre no era ya más una parte esencial de un orden preestablecido y fijo, sino un ser que planea y realiza su obra tal cual la ha concebido el mundo de sus pensamientos». Antonio Maravall. El retirado a Yuste no es un pobre enfermo, que se halle al cabo de sus fuerzas, ni siquiera un hombre que por una crisis ascética se vea forzado a la renuncia, sino un ser consciente que se adhiere a una necesidad intelectual del mundo de sus pensamientos. El fondo íntimo, que fuerza al emperador a retirarse a Yuste, estriba más bien en el deseo del mismo de venir finalmente a enfrentarse consigo mismo. Ferdinandy no hace más que recoger las ideas de Maravall y Marichalar, que no son otras que la autoconsciencia, y metanoya que exige el

Yustismo. Pero yo opino, que además de conversión a sí mismo, se da una entrega al idealismo español, a la Hispanidad entonces naciente, que dirige sus miradas hacia otros mundos más nuevos, más sencillos y más aptos para incorporar las ideas universales de una «Koinonia» cristiana. De ahí que divida su mundo en dos heredades: el escindido y roto por el protestantismo, que entrega a Fernando, pero no abandona; y el próspero y cristiano, latino e hispano, que confía al cuidado de su hijo Felipe II.

Cierto que con Yuste damos la sensación de deshacernos o de que comenzamos a deshacernos de Europa, pero a la vez recogemos la gran misión de las Españas. Las preocupaciones del Emperador, en Yuste, no afectan a Europa, sólo se dirigen hacia España, como la prototípica representante del Catolicismo Universal. Yuste no es el refugio o asilo de un anciano enfermo, sino el punto de arranque para una nueva acción (Hispanidad), previa una interior metanoya o conversión (Yustismo). Sin embargo, aún tratando de deshacerse de la Europa rota, en Yuste aún se piensa en reconquistar la influencia española sobre la Europa tradicional, a base de corregir y modificar las más íntimas estructuras de la Iglesia Católica. No olvidemos la inquietud del Emperador, desde Yuste, por la conducta blanda de Felipe II frente a un Papa, nada afecto a la hegemonía de lo hispánico en Europa; tampoco olvidemos los consejos a su hermano Fernando, rey de romanos. Por eso, no se pierde en Universalidad, sino que se concibe la Universitas Christiana al estilo español, ese *estilo de ser de los hispanos* que nuestro García Morente definía como lo más característico y genuino de la Hispanidad.

* * *

Aquí viene, como anillo al dedo, el analizar, de cerca, el libro «Karl V», de Peter Rassow, la más diminuta de las biografías, pero la más densa y preñada de ideas. «Carlos V, nos dice Peter Rassow — es uno de los más grandes soberanos que haya conocido la historia universal—. Le faltaba el fuego del genio. Su grandeza está en el objetivo que se había propuesto. A él había subordinado todos los pasos, toda su política. Era ésta conseguir la paz y Unidad de la Cristiandad, la seguridad contra los enemigos internos, contra las herejías, para lanzarse contra los enemigos exteriores, el mundo otomano. Sólo renunció cuando llegó a comprender la imposibilidad de esa unión interior. Sólo así pudo retirarse al palacete que ordenara construir, adosado al Monasterio Jerónimo de Yuste, en Extre-

madura, no muy lejos de la frontera portuguesa. Este paso del Emperador, de un hombre que había ostentado la mayor autoridad y responsabilidad de Occidente por un espacio de tiempo de aproximadamente cuarenta años, ha sido interpretado por los hombres sensibles, cristiano católicos, de su tiempo, como un acto de devoción religiosa, de ascesis y de mística. Nada más lejos de ello. Y sin embargo, este retiro nos lleva al punto central de su ser y de su política: a la idea sacral del imperio. No se retiró al convento; en su casa, aunque modesta, llevaba la vida de un príncipe, en situación de retirado. Comía bien, no se privaba de nada honesto. Seguía actuando queriendo imponer en todo su criterio. Con frecuencia llegaban al palacete de Yuste huéspedes distinguidos y a través de ellos tomaba parte activa en todos los problemas del mundo. El fracaso de Carlos V fue el adherirse a la idea sacral de un imperio precisamente en el momento en que los movimientos religiosos, políticos y sociales, comenzaban a minar la unidad de Occidente y surgían los Estados nacionales». Carlos había convertido el «Nondum» de su juventud en la divisa hispánica del «Plus Ultra», que a partir de él ha saltado a ultramar y también se ha fijado en el corazón de Viena. De ahí que la idea de Carlos vuelva a ser actual, tras el fracaso de aquellos nacionalismos que a su vez le tomaron a él como un fracaso. La actual comunidad europea, aún débil y en pañales, los conceptos eclesiásticos de Ecumenismo, vuelven a poner sobre el tapete la idea Madre de Carlos V: La Universitas Christianas, que solo es posible por un acto de Yustismos, de reconversión, y que luego cada pueblo y raza ha de extender y explicar con su estilo genuino de obrar, nosotros los españoles por la Hispanidad, los austriacos por el Austriacismo, los galos por Galicanismo... estilos que no se combaten, sino que se confunden en una general universalidad o catolicidad.

* * *

Una última vida de «Carlos V», la de Walter Tritzsch, también enfoca el problema de la Universalidad carolina desde el ángulo de Yuste. En su capítulo «El Monje de Yuste», nos encontramos en primer término con una poética descripción del paisaje yusteño: «Sobre las alturas de Yuste, por encima del convento, no lejos de la terraza, desde donde la vista se esparce por las sinuosidades montañosas, se elevan unos gigantescos alerces. Altos, esbeltos, luminosos, alerces, con tiernas y mimosas ramas en medio de un bosque

de castaños. Lo rodean todo: laureles y timiantos, pinos y plátanos, extensos pinares en forma de abanico. En los valles se aprietan el cactus y la palmera, los polvorientos eucaliptos y los gigantescos cardos de la más policroma variedad. Pero sobre todo, emergen los alerces, algo prodigioso en medio del titilante reverbero del sol, en el verde olivo del horizonte».

Mucho colorido, demasiada imaginación en los colores que se aplican, pero en el fondo un barrunto del alto y hondo concepto que de La Vera se tiene en los remotos y fríos contornos de la nórdica Europa.

Pero Tritzsch confirma el pensamiento de Peter Rassow: «Quería seguir preocupándose de los negocios del gobierno, no como Emperador, pero sí como consejero de sus hijos y de su hermano, de sus fieles súbditos. Si, como consejero. Aún le necesitaban. Su cuerpo encontraría aquí, en Yuste, un descanso definitivo, pero no su cabeza. Su cabeza no estaba cansada y no necesitaba descanso. Y el timianto aromaba y los alerces murmuraban. Para Tritzsch no ha habido fracaso de una idea: persiste ésta, lo que sucede es que el cuerpo se niega a llevarla a la realidad.

* * *

No quisiera prolongarme mucho en la enumeración de las obras literarias y musicales que tocan de cerca el tema de Yuste. Reseñaré tan sólo las más importantes dedicando unas líneas últimas a la gran ópera «Carlos V», de Ernst Krenek, compositor y dramaturgo.

Hagamos alusión al gran hispanista Reinhold Schneider que, en su gran obra escrita sobre temática española, no deja de repetir, casi unidos entre sí, los nombres de Yuste y el Escorial.

Ya lo hemos indicado al hablar de la tanatodoxología española que celebra a la muerte de un Emperador en Yuste, a la de los muchos reyes en el Escorial y a la muerte de todo un pueblo en el Valle de los Caídos. Schneider interpreta el símbolo del Escorial, como cifra de la gloria y de la marcesibilidad: «San Quintín y Yuste: la victoria y la muerte; el triunfo prestado por el cielo y el fin de toda gloria terrena. El cumplimiento de una misión y la liberalización de un cargo, deben estar configurados en un monumento: El Escorial». Son las ideas claves de su Felipe II.

Los dramaturgos Félix Braun y Franz Theodoro Csokor, con sus dramas respectivos «Carlos V» y «El General de Dios», han dedicado el último de sus actos a la postrera vivencia de Carlos V en el

monasterio de Yuste. Félix Braun insiste en ese recibir la muerte despierto, tan típico de los Austrias, y en ese permanecer firme en el ideal, más allá de las ya gastadas y consumidas fuerzas físicas. No hay, pues, fracaso para un Félix Braun, hay un acto de verdadero Yustismo, de catarsis purificadora y transformación espiritual. El fracaso es el de aquellos que no osan subir los escalones perfectivos de un Emperador. «Carlos (*moribundo*)—. Cada uno tiene sus maneras. Arden aldeas, estados, tierras. ¿Qué monstruo ataca al imperio germano romano? Veo espantos, fuego y sangre por doquier. La Palabra de Dios se hizo carne y la del hombre, sólo se plasma en lucha, en muerte y en odios. Lo supe y por eso abandoné todo orgullo y doctrina de mando. Este suscita primero, teas incendiarias en el reino de Dios, luego se traga los reinos de los hombres. También contra ti, Francisco, se levanta tu pueblo galo, envenenado, asaltando cárceles y coronas y enseñando a Europa una nueva Trinidad, que arranca a la ignorancia mártires de sangre. Sin embargo un nuevo Emperador, un nacido tras mí, e igual a mí, surgirá glorioso como el mismo sol, hasta que la blanca media noche se lo lleve, para morir en ella. Como los hijos del sol, será sueño en Occidente. Mas ahora brota de nuevo la llama: de Este a Oeste, de Oriente a Occidente, como siempre pueblos más jóvenes que se nutren del fuego. ¡Ay! ¿Y para esto descubrieron mis conquistadores hispanos el mundo atlántico y el Pacífico, para que no se extinguiera la antorcha que siempre enciende la hoguera? Prendidos en su llama, miles, millones, miriadas de gente arden y se precipitan en fuego infernal (ardoroso)—. Felipe, Felipe, arroja, la corona, la espada, y el cetro. Todo es regalo de Lucifer. Sólo poseemos el alma y ésta para conservarla pura, para que siempre, sin mácula, pueda presentarse ante los ojos severos de Dios. *«Se hunde; Felipe y el Duque de Alba desaparecen; cielos y tierra se nublan en torno a Carlos»*. Me basta esto: «Tu alma es grande, tu corazón mezquino». Así se expresaba con justa razón mi abuelo Maximiliano. Sólo que no supo que esta frase sería sentencia de muerte para su nieto».

* * *

Terminemos con un pequeño comentario a la Gran Opera «Carlos V» de Ernesto Krenek, última realización literaria y musical sobre nuestro Emperador, dentro de un escenario de fondo que es el mismo Yuste. No basta que uno, personalmente, escriba sobre Yuste y el hondo significado, o simbolismo, que encierra este carolino mo-

nasterio, No basta, que en letras de molde y en lenguas extrañas, propaguemos nuestro Yustismo por revistas y periódicos de Europa. Es menester que este monólogo lo convirtamos en diálogo, en un monodialogo, recogiendo y haciéndonos eco de lo que en el extranjero y por extranjeros se escribe, se lleva a escena e incluso se sublima con notas musicales.

Vayamos al grano: Se escribe sobre Yuste y se especifica musicalmente a Yuste.

Así, en «Miguel de Unamuno —el poeta filósofo del sentimiento trágico de la vida», de Friedrich Schürr (Editorial Francke—Berna. Suiza), obra analítica de todo el sentir, y pensar, unamunianos, se dedica un capítulo extremo a la lírica de D. Miguel. Schürr hace hincapié en las repetidas visitas de D. Miguel a Yuste, como prueba fehaciente de cuán identificado se encontraba con los sentimientos e ideas del gran señor, que, en la plenitud del poder, escogió la renuncia, como manera de sobrevivir al mismo Imperio, que él, voluntariamente, dejara. Unamuno se funde con Carlos V y a su vuelta de Yuste (con qué placer lo hemos leído en alemán), escribe aquellas palabras tan llenas de nostalgia: «No podía apartar mi imaginación de aquella caja de madera, hoy vacía, en la que el cuerpo de Carlos V de Alemania y I de España, empezó a hacerse polvo, mientras su espíritu acaso caía como una gota de lluvia en la inmensa laguna, sin fondo y sin orillas de la eternidad de la Historia».

Pero Yuste, la música del silencio del cenobio carolino, se ha convertido en órgano vivo en la Opera del Estado de Baviera. Los dos actos de la pieza teatral, de la Opera «Carlos V» de Krenek, han llamado la atención de los espectadores y críticos de Munich. La prensa de Franfort, Munich y Salzburgo, se han hecho eco de esta bellísima obra del compositor Krenek, dirigida por Hans Hartleb. La confesión general del Emperador en Yuste se entremezcla con los sonos de una música subida. La emoción llega a su momento cumbre cuando, en medio de las notas, irrumpe la voz cascada de Carlos: «Me lanzo vacilante por los oscuros recintos del alma». Y así se esfuerza en probar que su destino es la fatalidad, mientras el monje fray Juan de Regla le consuela y aconseja cumplir su gran misión, la de convertir en historia sagrada los hechos que el destino por él ha realizado en su imperio. El escenario, en las dos partes de la ópera, es el mismo Monasterio de Yuste, mientras, en un primer plano, van emergiendo los diferentes cuadros que enmarcan los principales acontecimientos del reinado de Carlos V: El problema francés, con la figura renacentista de Francisco I; la herejía protestante de Lute-

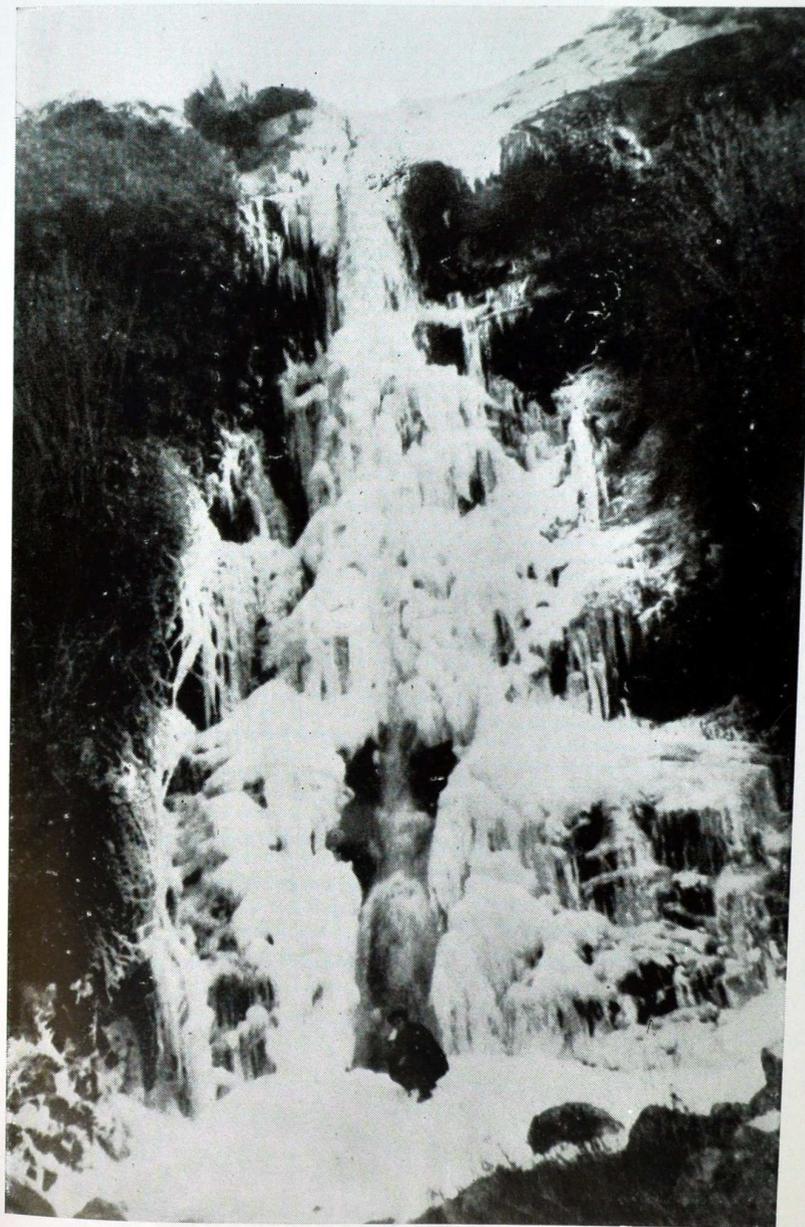
ro, con la dieta de Worms, el ataque de Solimán, al mando de los turcos, y el problema del Papado enfrascado en el poder temporal. Luego surgen las típicas figuras de la devoción carolina: su madre, la reina Doña Juana, su hermana Leonor, su hermano Fernando y la emperatriz Isabel. Todos, en cuadros de fuerza velazqueña, con un trasfondo de obscuridad rembrantiana. Hasta el coro de monjes presta una nota de honda religiosidad al retiro voluntario de un Emperador, que pudo ser dueño de todo el mundo.

Toda la intención artística del compositor Krenek está puesta en conseguir un efecto anímico típicamente yustino: Volver a las fuentes, al origen, retornar a las madres, a ese desnacer unamuniano, que sólo es posible, entregándose, por la esperanza, a un Dios que todo lo llena. Carlos V pudo tener tedio, melancolía, pero no conoció la angustia y la desesperación que conducen a la nada. Desnacer es volver al Origen, no al abismo de la nada. La tumba no es más que el velo que oculta los resplandores de una resurrección. Unamuno vaciló entre esta resurrección, cristiana, y la nada, pagana. Mas al fin hubo de acogerse al Cristo muerto, que precede al Cristo resucitado, Ya lo preveía él cuando, retornando a Yuste, meditaba: «Llovían los recuerdos de gloria y de infamia, de lucha y de paz, de vida y de muerte, sobre el lago del pensamiento de la eternidad quieta».

EL ESTILO

Todo debe ser sacrificado a la claridad... La única afectación excusable será la de la claridad... Recomendamos la sencillez y tornamos a recomendarla. ¿Qué es la sencillez en el estilo? Vamos a dar una fórmula de la sencillez. La sencillez, la difícilísima sencillez, es una cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: colocad una cosa después de otra. Nada más; esto es todo. ¿No habéis observado que el defecto de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro de otras, por medio de paréntesis, de apartados, de incisos y de consideraciones pasajeras y accidentales e incidentales? Pues bien; lo contrario es colocar las cosas — ideas, sensaciones — unas después de otras.

AZORIN



HERVAS.—La Leal e Ilustre villa de Hervás. La Chorrera helada.